

mente os pide no hacer de estas generaciones siderales una posteridad de Adam ni una posteridad de Cristo.

« En verdad, sobre esta grandiosa hipótesis, científicamente y bajo el punto de vista de la demostracion rigurosa, hay bastante que decir, y sobre todo bastante que desear. Durante largo tiempo todavía, para demostrar que el sol, la luna y las estrellas sostienen la inteligencia y la vida como nuestro planeta, buscareis un axioma, un punto de partida de donde pueda salir con el brillo de la evidencia una conclusion rigurosa <sup>1</sup>. Suponed que Dios quiso hacer de un átomo el centro de la creacion ¿quién, pues, entre vosotros, yo os lo ruego, osaria alegar contra la sabiduria divina y en nombre de la ciencia, convencer de absurdo á Dios? Y en ese caso ¿fuera tan absolutamente absurdo suponer que Dios hubiese concedido á la Tierra, á pesar de lo infinitamente escaso de su importancia material, un privilegio excepcional en la creacion? Concedido que Dios ha escogido á la tierra, para posar en ella el pié y desarrollar por completo el misterio de la Encarnacion y de la redencion, ¿quién no vé que la tierra por esta vocacion de preferencia adquiere en la universalidad de las cosas una dignidad que la eleva mil veces mas que el privilegio de la masa y de la extension material, y que una gota de la sangre divina la hace mas grande que todos los soles y todas las estrellas juntas?

« Pero, en fin; ¿se quiere absolutamente que los planetas, los soles, las estrellas, tengan sus habitantes, capaces como nosotros de conocer, de amar y de glorificar al Criador? Yo me apresuro á proclamarlo, el dogma no lo repugna; no niega ni afirma nada sobre esta libre hipótesis. La economía general del cristianismo concierne á la tierra, nada mas que á la tierra; abraza á la humanidad, nada mas que á la humanidad; á la humanidad descendiente de Adam y redimida por Cristo. Fuera de esta gran economía del cristianismo tocante á la humanidad adámica, ¿deben admitirse en los globos celestes naturalezas inteligentes que tengan alguna analogía con la

<sup>1</sup>. Recordemos que estas dudas sobre nuestra doctrina no son personales del orador. Están tambien en la mayoría de los ánimos. Leemos en la *Vie future* de M. Th. Henri Martin: « La ciencia no ha ofrecido todavía en pro ó en contra de esta suposicion (de la Pluralidad de Mundos), ningun dato, no diré cierto, sino probable. » No nos toca á nosotros decir si estas dudas eran fundadas, y si nuestro trabajo tendrá el poder de desvanecerlas.

nuestra? José de Maistre cuya áustera ortodoxia no es un misterio para nadie, se inclinaba á creerlo; grandes pensadores en la catolicidad se inclinan á ello igualmente; é importa demasiado poco el decirlo lo que yo mismo pienso para que os manifieste sobre este punto mis preferencias personales. Pero en lo concerniente al dogma católico, del cual esta palabra quiere ser siempre su intérprete fiel, *no solamente no siente ningun embarazo ante esta gran hipótesis, no me arredra el decirlo, sino que encuentro un recurso para contestaros á vosotros mismos y un arma mas para defenderse contra vuestros propios ataques.*

« Hay una cosa que es para muchas inteligencias una piedra de escándalo que los detiene en el camino, y una arma de la que se hace uso para atacarnos mejor; es el número relativamente pequeño de los justos y de los elegidos que alcanzan su fin. ¿Cómo Dios, que es todo bondad, ha podido crear á la humanidad, teniendo ante su infalible vista la caída de la mayoría, sino de la universalidad? Señores, yo no discuto por el momento el valor intrínseco de esta dificultad, pero me pregunto, ante la hipótesis posible de la pluralidad y de la habitacion de los Mundos, ante las perspectivas inconmensurables que abre ante nosotros, ¿á qué se reduce ese escándalo tan retumbante del pequeño número de los elegidos y del gran número de los condenados? Si, como se pretende, todos los Mundos tienen su poblacion de seres inteligentes proporcionada á su volumen y á su importancia material; y si, como no nos está privado de suponer, todos esos seres, habiendo permanecido fieles á la ley de su vida deben alcanzar el objeto de su existencia, ¿á qué se reduce entónces la defecion de la humanidad culpable en el plan general de la Providencia, si no es como una discordancia apenas perceptible en el concierto universal? »

Si esta última consideracion satisface al tal Reverendo Padre, está muy léjos de satisfacer á nuestra razon, y ménos todavía á nuestro corazon. En ella vemos un pobrísimo y muy extraño consuelo para los infelices condenados. Tal vez responda á la dificultad presentada por Voltaire en su estadística de los condenados y de los elegidos; pero probablemente no ha sido este el fin con que se ha emitido, y en todo caso, no detiene la vibracion de la cuerda disonante. Á la verdad,

un desconcierto en la armonía eterna no es admisible por cuanto produce menor efecto en el conjunto. Pero no nos alejemos de nuestro asunto.

Acabamos de ver por las páginas que anteceden, cómo se ha conciliado la enseñanza del dogma con la enseñanza de la ciencia, y cómo se puede continuar siendo buen cristiano y también buen católico creyendo en la pluralidad de Mundos. Este es el partido de los conciliadores, el más fuerte y el mejor, á nuestro parecer, el partido de los que ya habían modificado la interpretación del *milagro de Josué*, de los *seis días del Génesis*, de la *resurrección de la carne*, tres puntos de muy diversa importancia, pero que al principio se avenían muy poco en la revelación de las ciencias. Antes de pasar al campo de los teólogos inflexibles que se encierran en un *Statu-quo* cada vez menos sostenible, invitamos al lector á tomarse el trabajo de comparar los sentimientos del P. Le Cazre, citados al principio de esta nota, con los del P. Felix. Es curioso ver que los temores del uno son diametralmente opuestos á las seguridades del otro. Como el Padre Le Cazre y el P. Felix son el primero y el último de los jesuitas que han tratado esta cuestión, hemos creído digno de interés el confrontarlos aquí.

Hemos dicho que el campo de los que se aferran á la letra se estrecha cada vez más, porque se ha notado que la letra mata, mientras que el espíritu vivifica. No daremos por consiguiente á este campo mayor importancia que la que tiene en realidad, ni tomaremos en cuenta las mil puerilidades que se han propalado so pretexto de comentar literalmente la enseñanza bíblica. Véase únicamente una muestra curiosa del raciocinio de esos profundos doctores; se ha escogido en el inmenso arsenal de comentarios teológicos, que ingenios visiblemente desocupados se entretuvieron en zureir al Génesis. Tomamos el cuarto día de la creación, por ser el que se refiere directamente á nuestro asunto.

Texto: « *Háganse los cuerpos luminosos en el firmamento.* » Comentario. « La luz existía ya, dice el autor <sup>1</sup>; la sucesión de los días y de las noches estaba regularizada; la Tierra era fértil; todo lo que debía producir estaba formado;

1. Explicación literal de *La Obra de Seis Días*, por el señor Renart, presbítero, doctor, etc.

estaba coronada de flores y cargada de frutos; cada árbol y cada planta no tenía solo la perfección presente, sino también todo lo que era necesario para perpetuarlos y multiplicarlos. ¿Para qué servirá, pues, en adelante el sol, desde que lo que atribuimos á su virtud está ya hecho? ¿Qué viene á hacer al mundo que es más antiguo y que se ha pasado sin él hasta ahora?

El autor no lo sabe, por lo visto, porque no responde siquiera á su propia pregunta. Solamente aventura esta explicación: « Dios preveía, dice, hasta qué punto se oscurecería la razón del hombre, y pensaba con acierto que en lugar de elevarse hasta él, se detendría en el sol. Quiso, pues, que por la historia misma de la creación (¡referida por Moisés!), la familia de Adam, y luego la de Noé, no mirasen al sol sino como un advenedizo en el Mundo, menos necesario que cualquiera de los efectos que se le atribuyen. Semejante instrucción, añade el candido narrador, no ha retenido, sin embargo, á ningún pueblo en el deber, ni aun siquiera al pueblo judío, que adoró al sol bajo el nombre de Baal! »

« *Á fin de que separen al día y á la noche.* » Comentario. « Si todos los días fuesen iguales y no hubiese más que una estación en el año, el curso del sol nos manifestaría imperfectamente la sabiduría de Dios y su cuidado en gobernar al universo; pero no siendo ningún día, hablando en propiedad, igual al que le ha precedido ni al que le sigue, es necesariamente preciso que todos los días el sol corte el horizonte á su salida y á su ocaso en puntos diferentes, y que, según la expresión de la Escritura, el día lleve al día que le siga un nuevo orden, y que la noche marque también á la noche siguiente en qué tiempo debe comenzar y concluir, y que la naturaleza en suspensión aprenda á cada momento de Aquel que la gobierna lo que debe hacer, y hasta donde debe ir, etc., etc., etc. »

« *Que sirvan de señales para marcar los tiempos, las estaciones (ó las reuniones solemnes).* » Comentario. « No es únicamente para iluminar la tierra por lo que Dios ha colocado al sol y á la luna en el firmamento, sino para regular las ocupaciones del hombre, marcarle el día para el trabajo, y la noche para el descanso, darle una medida para cada mes por la vuelta de la luna, enseñarle á fijar el número de sus años por la

revolucion del sol, que empieza su curso cada año en el mismo punto donde empezó el anterior, indicarle á qué trabajo debe destinar cada estacion, sino tambien es para emplear los astros en el servicio de la religion.

« Pero no han tenido mucho tiempo este empleo, porque nosotros hemos pecado desde el principio. Esta religion primitiva tenia sus dias privilegiados : el último de cada semana y el primero de cada mes han sido santos ; el mes en que la luna de Pascuas ha decidido de todas las demás solemnidades, ha sido honrado como el mas célebre ; todas las tribus de Israel han recibido orden de reunirse en este dia, en la Pentecostés y en la fiesta de los Tabernáculos ; cada sétimo año ha sido particularmente consagrado, y este número, repetido siete veces, ha sido la figura del restablecimiento de nuestro antiguo patrimonio que esperamos, y ha dedicado el año entero del jubileo á esta esperanza.... » En una palabra, ya está visto para qué sirven el Sol y la Luna.

Otra última cita para hacer apreciar bien todo el valor de esas obras eruditas <sup>1</sup>.

« Hizo tambien las *estrellas*. » Comentario. « Solo corresponde á Dios hablar con esta indiferencia. *Et stellis* : Expresa en un solo vocablo lo que no le ha costado mas que una palabra.... La expresion de la Escritura es, sin embargo, *muy exacta*, no solamente porque, segun los sentidos, el sol y la luna son los mayores lumináres del firmamento, sino porque, segun su situacion respecto de la Tierra, y segun el modo con que la iluminan, es cierto que todas las estrellas juntas *hacen ménos efecto*. »

El lector podrá enterarse, como colorario de lo que precede, del curioso cálculo siguiente, extractado del comentario sobre el Dia primero : « El primer dia de la creacion fué ciertamente un domingo (puesto que el sétimo fué un sábado); y siendo el mas cercano al equinoccio de otoño, y teniendo en cuenta la anticipacion de los dias equinocciales, deberá fijarse el primer dia del Mundo en el *domingo 23 de octubre del año 0*. »

La obra de que acabamos de citar algunos fragmentos tiene

1. Estas extravagancias no deben imputarse á una aberracion del autor, sino á los teólogos en general. El mismo Santo Tomás señala á los astros tan pobre destino. Véase *Los Mundos imaginarios y los Mundos reales*, 2a parte, c. iv.

ya cierta fecha ; pero veamos algo nuevo, que data del año último, del 16 de abril de 1863 ; los que, sorprendidos de semejantes ratiocinios, no se atrevan á darles crédito, podrán edificarse con lo que sigue :

En una *conversacion científica* de M. J. Chantrel, redactor científico del periódico *Le Monde*, se han emitido, con efecto, ideas igualmente singulares sobre el asunto que nos ocupa. Esta conversacion, digámoslo como recuerdo, se escribió tratándose del presbítero Moigno. Este señor era, como es sabido, redactor en jefe del periódico *Le Cosmos*. Dificultades de mas de un género, dice el cronista, ocasionaron una separacion que habia llegado á ser necesaria, y el sábio clérigo fundó una nueva revista que intituló : *Los Mundos*. Sobre esto ; el cronista se permite una cuestioncita con motivo del cambio de título, que no podria considerar como la traduccion exacta de la palabra *Cosmos*; encuentra además que *Los Mundos* no pueden servir de bandera al periódico de un ortodoxo austero, y que un presbítero no podria, sin rebajarse, hablar de Mundos, y ménos aun admitir la *utopía* de la pluralidad de Mundos.

« Todo sábio cristiano, dice, cree que una sola alma vale mas que los millones de soles materiales que brillan sobre nuestras cabezas ; no mide la importancia de los soles ó de los planetas por su tamaño ó por su peso ; reconoce que, siendo todo creado para el hombre en el mundo material, y el hombre para Dios, no es necesario imaginar razas para cada astro ; cree sobre todo que la Tierra, teatro de las manifestaciones mas sublimes de Dios, que la Tierra, cuya sustancia ha contribuido á formar el cuerpo de la santa Virgen y la sustancia de la divina humanidad de Jesucristo, *que la Tierra es sin disputa el astro mas importante del mundo material*. Á la luz de la revelacion, el sábio cristiano se explica esta division *tan perfectamente científica* de Moisés, que hace crear *el Cielo y la Tierra* á un mismo tiempo, poniendo así al Cielo á un lado y la Tierra al otro, como *dos grandes creaciones casi iguales* (casi!!!). Se explica por qué, el escritor inspirado atribuye *mas importancia* á la Tierra que á todo el resto del mundo físico ; por qué dá detalles sobre la creacion del sol y de la luna, servidores de la Tierra, mientras que se contenta con designar la creacion de todos los demás astros con dos pala-

bras : *et stellas*. Sabemos el por qué del sol, el por qué de la luna, el por qué de la Tierra; en cuanto al resto, la Sagrada Escritura nos dice tambien su objeto : *Cæli enarrant gloriam Dei*. ¿Es necesario para esto que haya otras razas mas que la de Adam? ¿Es necesario que la Tierra sea el centro del universo material? De ninguna manera. Y nosotros nos inclinaremos á creer que nuestro sistema solar se halla mas bien en la circunferencia que en el centro, si es verdad, como notan los astrónomos, que nuestro sol gira alrededor de otra estrella mas central, que gira quizá alrededor de otra, y así consecutivamente, de modo que todas giran alrededor de ese punto que Dios ha querido sea el centro de la creacion material, y en el cual manifiesta principalmente su poder y su gloria.

¡Esto acaba de escribirse á nuestra vista, en 1863!!

No avanzaremos mas; el asunto no es bastante sério, y sentiríamos molestar á nuestros lectores con estas conversaciones infantiles.

Es en verdad una gran suerte para nuestra doctrina que nuestro mundo no sea el Sol ó Júpiter, porque, de seguro, si hay en esos astros espléndidos razonadores tales como los precedentes, podrán por lo ménos invocar algun buen argumento en favor suyo; y si aun aquí mismo logran conseguir partidarios, ¿qué sería en un mundo cuyo estado astronómico apoyase sus singulares aserciones?

¿Cómo se atreven á escribir todavía que las estrellas hayan sido creadas para satisfaccion de nuestra vista y para inspirarnos buenos sentimientos, cuando se conoce la importancia de esos astros, y cuando se sabe que nosotros no vemos su millonésima parte? Podemos, es cierto, considerar con el doctor Bentley<sup>2</sup> que el alma de un hombre virtuoso y religioso es de mas alto precio que el Sol y todas las estrellas del mundo, y que, por esta razon, las estrellas pudieran no tener otro fin que el de servir al hombre, si estuviere probado que le sirven todas, como la estrella polar sirvió á la navegacion, y como la luna sirve á las mareas y á la noche. Pero como los diez y ocho millones de estrellas de la Via láctea, los sesenta millones que están fuera de la sexta mag-

1. Periódico *Le Monde*, del 16 de abril de 1863.  
2. *On the Origin and Frame of the World*, by Dr. Bentley, master of Trinity college, Cambridge.

nitud hasta el término de la vision telescópica, el número desconocido de las que no hemos visto ni veremos jamás, las nebulosas lejanas, etc., etc., no nos prestan el mas pequeño servicio, el argumento cae por sí mismo. Véase, además, una reflexion ingénua que quizá no está fuera de su lugar : ¿No se ha hecho la noche para dormir? ¿No es el período en que la naturaleza invita al hombre á cerrar los párpados? Si en la mente eterna las estrellas se hubieran creado únicamente para ser vistas, es probable que esta flagrante paradoja no existiría. Si ahora se hace observar que dan, á los que contemplan la noche, una alta idea del Autor de la naturaleza, que nos inclinan á su veneracion, que elevan nuestros pensamientos hácia la creacion : está bien. Pero esos excelentes sentimientos pueden nacer en nosotros aun cuando las creamos habitadas, y mucho mas elevados aun, cuando admiramos en esas estrellas otros tantos centros de mundos, otras tantas lumbreras desde donde irradia el esplendor eterno.

Tales son las opiniones que la teología, la escolástica y la apologia cristiana han emitido sobre la doctrina de la Pluralidad de Mundos. Hemos querido hacer comparecer á esta doctrina ante el misterio cristiano, y presentar los argumentos que se han cruzado de una y otra parte, á fin de que se pudiese apreciar su valor respectivo, y fundar sus propios juicios sobre una apreciacion imparcial. Puesto en evidencia todos los puntos, los espíritus deseosos de una hipótesis satisfactoria han podido escoger y resolver cada uno segun su simpatía.

No podemos, sin embargo, dispensarnos de decir, por conclusion, que todas estas discusiones metafísicas nos parecen superfluas y estériles; no son útiles ni á la gloria de la Astronomia, ni á la autoridad de la Religion. Discutir sobre la forma de la Encarnacion divina en los planetas, sobre la accion del Verbo de Dios fuera de la Tierra, sobre la creencia cosmogónica personal de los profetas, de los apóstoles y de los Padres de la Iglesia, etc., es discutir en el vacío. Todo lo que puede resultar de estas discusiones, se limitará siempre á lo hipotético, á lo arbitrario, á lo conjetural; y solo habrá servido para debilitar en las mentes disputadoras el esplendor glorioso de la Majestad divina. ¿Por qué hacerse tanto daño? Los que juzgan el misterio cristiano indiscutible, — y lo es en

efecto, — los que tributan al dogma una fé absoluta, no pueden ni aumentar ni fortalecer esta fé absoluta. Su modo de obrar ha causado asombro. Teneis la palabra de Dios, se les ha dicho, la venerais y la adorais; ¿cómo, pues, os atreveis á hacerla descender á la arena científica? ¿Cómo os atreveis á comparar la ciencia de Dios con nuestro escaso y pobre saber? ¡Cómo! el Ser infinito se ha dignado venir en persona á revelaros la verdad, y osais discutir ante él, pesar sus leyes impenetrables, y comparar audazmente el polvo de nuestro hormiguero al átrio de su templo! La fé no admite semejantes pretensiones: ó es absoluta ó no existe. Cesad, pues, de ser ilógicos con vosotros mismos; puesto que sabeis con certeza que teneis la verdad, conservadla íntegramente, si hay contradicción entre ella y nuestra pobre ciencia humana, dejad subsistir la contradicción, pero no sometais irrespetuosamente vuestra verdad á las exigencias de esta ciencia. Empero si acontece que nuestra ciencia humana, por mas débil que sea, abra de vez en cuando una brecha desastrosa en vuestro edificio, ese hecho debe ser para vosotros un indicio nada equívoco de que ese edificio no es eterno.

El verdadero sentimiento religioso no está ahí, como tampoco está la verdad de la ciencia, ni la autoridad de la filosofía. Preferimos en mucho á esas estériles discusiones las siguientes palabras, dictadas tanto por el corazón cuanto por el espíritu, y cuya elocuente sencillez cautiva el alma bajo el doble atractivo científico y religioso.

« Cuando veais á toda esa flota de mundos bogando de concierto <sup>1</sup>, y á nuestra Tierra, flotando también como un bajel alrededor de esa isla de luz que es nuestro Sol; cuando veais los extraños decrecimientos de luz, de calor y de movimiento, para los mundos lejanos del centro; luego la increíble excentricidad y la especie de desarreglo de los cometas que parecen resistirse bajo la ley que sin embargo los domina lo mismo que á los mundos habitables; y despues su pasmosa movilidad de formas, sus furiosas combustiones, tan pronto en el calor y tan pronto en el frío; cuando veais toda esa geometría en acción, toda esta física viva, todo este mecanismo maravilloso, de la naturaleza siempre sostenido por la pre-

<sup>1</sup> A. Gratry, *les Sources*, c. iv.

sencia de Dios, y manifiestamente arreglado por su sabiduría, bajo leyes que son su imágen; cuando veais en el cielo la vida y la muerte: un mundo despedazado cuyos despojos ruedan cerca de nosotros, llevando el cielo en su viaje del tiempo á sus cadáveres consigo, como la Tierra lleva los suyos; cuando veais desaparecer estrellas, mientras que otras nacen, ecrecen y engrandecen; cuando percibais esas nebulosas, — sean grupos de soles ó grupos de átomos, unas soles, otras átomos, polvo de átomo ó polvo de sol, ¿qué importa? — Cuando veais grupos de la misma raza, pero de diferentes edades, llegados á nuestra vista á diversos grados de formación, que nos permiten ver la marcha del desarrollo, como vemos en un bosque de encinas el desarrollo del árbol en todas sus edades; luego, cuando veais sobre todos los mundos esas alternativas de noche y de día, esas vicisitudes de estaciones en armonía con la vida de la naturaleza, y diré también, con la vida de nuestros pensamientos y de nuestras almas: vicisitudes, alternativas, en todas partes inevitables, excepto en ese mundo central donde reinan un pleno verano, un pleno mediodía...; entonces, si en vuestra astronomía no cabe ni poesía, ni filosofía, ni religión, ni moral, ni esperanzas, ni conjeturas de la vida eterna y del estado permanente del mundo futuro; si no ereeis en esta profecía de San Pedro: « Habrá nuevos cielos y una nueva Tierra; » ni en este oráculo de Cristo: « No habrá mas que un solo aprisco » — si, enfrente de esos caracteres grandiosos, y de esos rasgos fundamentales de la obra visible de Dios, mirais sin ver y sin comprender, sin sospechar la posibilidad del sentido; entonces ¡oh! entonces, ¡os compadezco!

Ahí teneis palabras verdaderamente cristianas y sábias á la vez, á la vez religiosas y filosóficas; la idea amplia y grandiosa que las inspiró es muy superior á la que dictó las discusiones á que hemos pasado revista; seria de desear que fuesen el lenguaje universal.

Terminaremos este estudio con un discurso de Galileo.

Algunos dias ántes de su partida para Roma, en enero de 1633, el ilustre septuagenario, á la sazón en Florencia, escribia á Elías Diodati, jurisconsulto y abogado en el parlamento de París:

«...Si pregunto al teólogo: ¿De quién es obra el Sol, la

Luna y la Tierra, su situacion y sus movimientos? Pienso que me responderá : Son la obra de Dios. Si le pregunto enseñada de que inspiracion proviene la sagrada Escritura, me contestará : De la inspiracion del Espíritu Santo, esto es, de Dios mismo. De ahí se sigue que el mundo es la *obra*; y la sagrada Escritura la *palabra* de Dios. Si le presento esta otra cuestion : ¿El Espíritu Santo emplea alguna vez palabras que sean en la apariencia contrarias á la verdad por qué están en armonia con la torpeza y son proporcionadas á la inteligencia vulgar del bajo pueblo? Me responderá ciertamente, de acuerdo con los Padres de la Iglesia, que no se encuentra otra cosa en la sagrada Escritura ; que es su estilo propio, y que en mas de cien pasajes el simple sentido literal daria, no digo heregias, sino blasfemias, porque el mismo Dios está representado como sujeto á la cólera, al arrepentimiento, al olvido y á la negligencia, etc. Voy á preguntarle si Dios, por poner su obra al alcance de la muchedumbre nécia y sin entendimiento, ha modificado alguna vez su creacion ; si la naturaleza, servidora de Dios, pero indócil al hombre y que ningun esfuerzo de este puede cambiar, no ha conservado siempre la misma marcha y no sigue constantemente el mismo curso ; estoy convencido que me contestará que la Luna ha sido siempre una esfera, si bien el pueblo, durante mucho tiempo, la ha tenido por un disco blanco ; en pocas palabras confesará que la Naturaleza jamás ha variado nada por complacernos, jamás se ha entretenido en modificar sus obras conforme al deseo, á la opinion y á la credulidad de los humanos. Si es así, ¿por qué, pues, queriendo conocer al mundo y á sus partes constitutivas, habremos de preferir, para arreglar nuestro exámen, á la obra misma de Dios la palabra de Dios? ¿La obra es ménos perfecta y ménos noble que la palabra? Suponed que se llegue á establecer que hay heregia en decir que la Tierra gira ; suponed que mas tarde las observaciones, la crítica, el conjunto de los hechos viniesen á confirmar como irrefragable el movimiento de la Tierra ¿no se habria comprometido altamente á la Iglesia? Consentid, por el contrario, en no señalar sino el segundo lugar á la palabra, cada vez que la obra parece rechazarla, no heceis por esto ningun perjuicio á la Escritura. — Hace muchos años, al principio de ese gran alboroto contra Copérnico, redacté

una memoria, bastante detallada, dedicada á Cristina de Lorena, en la cual, apoyándome en la autoridad de la mayor parte de los Padres de la Iglesia, traté de demostrar que habia un gran abuso en hacer intervenir tan á menudo en las cuestiones científicas y de observacion la autoridad de la sagrada Escritura. Yo pedia que se abstuviesen en adelante de emplear tales armas en las discusiones de este género. Tan pronto como me halle ménos acosado de inquietudes, os remitiré una copia de este escrito ; pero estoy en visperas de ir á Roma por órden del Santo Oficio que acaba de suspender la venta de mi diálogo, etc.

Por qué, pues, queriendo conocer al mundo y sus partes constitutivas, habremos de preferir, para arreglar nuestro exámen, á la obra misma de Dios la palabra de Dios? No asignemos sino el segundo lugar á la palabra. » Detengámonos sobre esta frase de Galileo. Si no nos propusiéramos conservar aqui una independencia completa, presentaríamos esta frase como la conclusion mas racional y admisible para los que nos han invitado á escribir esta nota, y que atribuyen importancia á la cuestion debatida.

